

nicia por Sanchoniaton, dice Porfirio, estaba llena de estas sangrientas narraciones (1).

Así, las mismas causas que produjeron entre los Cartagineses tantos horrores durante la guerra y tanta tiranía durante la paz, existían entre los Tirios, sus antecesores. Si los comerciantes de Tiro gozan de mejor fama que los Cartagineses, es porque éstos lucharon con el pueblo Rey, y el odio de los vencedores se ha transmitido á la posteridad, mientras que los Tirios combatieron por su independencia contra los poderosos imperios que los rodeaban. Era, en la apariencia, la fuerza oprimiendo á una nacion pacífica, los guerreros abrumando á los comerciantes. Pero la historia no debe detenerse en las apariencias. En realidad, los Fenicios y los Cartagineses son solidarios en sus buenas y malas cualidades; merecen el mismo desprecio y tienen derecho á los mismos elogios.

(1) PORPHYR., *De Abst.*, II, 56.—MOVERS, t. I, p. 299-305.

da de estinúni ol á elbno... En las más raras tradiciones históricas y mitológicas que se conservan en la Fenicia y en el Oriente antiguo, los Fenicios aparecen como seres civilizadores y como seres que han dado origen á las más gloriosas civilizaciones de la historia.

CAPÍTULO III.

RELACIONES INTERNACIONALES.

§ I. — Comercio. — Navegacion. — Viajes.

La idea de negocio se identificaba de tal modo con los Fenicios, que su nombre habia llegado á ser sinónimo de traficante: «Yo soy fenicio», dice un personaje de *Aristofanes*, yo doy con una mano y recibo con la otra» (1). Es cierto que los grandes imperios del Asia llegaban tambien al Océano; pero para ellos el mar era como el fin del mundo, un elemento lleno de misterio y de terror que no se atrevían á franquear. La naturaleza, que habia dotado á los Fenicios del genio del comercio, les obligó, por decirlo así, á entregarse á la navegacion, dándoles una estrecha faja de tierra por patria; ¡pero qué magníficas compensaciones les ofrecía por parte del mar! Puertos numerosos, montañas cubiertas de bosques, invitaban á los habitantes de sus costas á crearse sobre el Océano una dominacion á la que su debilidad no les permitía aspirar sobre el continente (2). No podía ser para ellos el mar objeto de terror; la pesca los inició en la navegacion y los preparó para más lejanas expediciones (3). En cuanto el hombre se ha familiarizado con este poderoso elemento, se une á él con pasión;

(1) ARISTOPH., *Épique*, 223, ed. Didot. — C. JOB, XL, 30; PROVERBES, XXXI, 24.
(2) MOVERS, *Die Phoenizier*, t. II, P. 1, p. 249; t. III, p. 155.
(3) La palabra *Sidonios* quiere decir pescadores (MOVERS, T. 1, p. 2; t. II, P. 1, p. 86, nota 8).

diríase que la inmensidad del Océano responde á lo infinito de su naturaleza. Los Fenicios se entregaron á él completamente.

En las más remotas tradiciones históricas y mitológicas encontramos siempre á los atrevidos navegantes de Sidon y de Tiro. En la Iliada y la Odisea aparecen unas veces como comerciantes, otras como piratas. «Los velos brillantes como estrellas chispeantes» son la obra de mujeres de Sidon. Aquiles da por premio de la carrera un vaso «de una belleza tan perfecta que no había sobre la tierra quien pudiera igualarla; porque, dice el poeta, los de Sidon, obreros ingeniosos, lo habían trabajado con el mayor esmero. Queriendo Menelao honrar al hijo de Ulises le hace el presente de una copa que le había dado Phédimo, Rey de Sidon, la cosa más rara y más preciosa de cuantas encerraba su palacio» (1).

La piratería era una especie de comercio; no tenía nada de vergonzoso en los tiempos primitivos, edad de violencia en que todo extranjero era enemigo y todo cuanto se cogía al enemigo buena presa. En la narracion de las aventuras fingidas que Ulises hace á Eumeo, figura un Fenicio, «hábil en engaños, bribon odioso que había ocasionado ya á los hombres muchas desgracias con sus artificios.» Invitó á Ulises á ir á Fenicia, «donde se encuentran sus palacios y sus riquezas.» Ulises vivió con él durante un año entero; entónces el fenicio «meditando nuevas mentiras, le embarcó para la Libia, á fin de que velase con él sobre el cargamento; pero era para venderle en aquellas comarcas y sacar un gran precio.» Eumeo cuenta á su vez la historia de su cautividad. Su padre reinaba en una isla; desembarcaron en ella navegantes fenicios, bribones consumados, que llevaban mil joyas en sus barcos. Había en el palacio una mujer fenicia; la sedujeron con la esperanza de volver á ver á sus padres; «porque existían todavía y vivían en la opulencia.» Conciértase la fenicia con los mercaderes; promételes llevarse consigo todo el oro que esté á su disposicion y entregarles el hijo de su señor: «Os proporcionará, dice, sumas considerables si le vendeis en pueblos extranjeros.» Un enviado de los piratas se introdujo en el palacio, «llevando un collar en que el oro estaba encerrado en granos de ámbar.» Mientras «la vene-

(1) ILIADA, VI, 289; XXIII, 743; IV, 613, s.

rable madre de Eumeo y las mujeres tocaban y examinaban atentamente aquella joya, preguntando su precio» el pirata hace un signo á la jóven fenicia, el complot se lleva á cabo, y Eumeo, hijo de un príncipe, se convierte en el pastor de Laertes (1).

La tradicion atribuyó á las piraterías de los Fenicios el origen del odio que dividía á la Grecia y al Asia y la causa primera de la lucha de los Griegos y de los Persas. Navegantes Fenicios, dice Herodoto, llevaban á Argos mercancías de Egipto y de Asiria; hallándose en la costa la hija del rey Inachus, Io, fué robada por los atrevidos corsarios. Los Griegos usaron de represalias; las enemistades se fueron amontonando y estallaron en la expedicion de Troya y en las guerras médicas (2). Estas tradiciones pintan mejor que la historia las relaciones primitivas de los pueblos. El comercio y el robo están íntimamente unidos: el navegante Fenicio era traficante ó pirata, segun las ocasiones. Tal fué en su nacimiento el comercio, este poderoso elemento de civilizacion. ¿Debemos admirarnos, si no se ha despojado el mundo antiguo de los hábitos de astucia y violencia que había contraído en su primer desenvolvimiento?

Los comerciantes piratas fueron bien pronto una nacion comercial, célebre en el mundo entero. Oigamos á los profetas hebreos: «Todos los navíos del mar, dice Ezequiel, y sus marineros han sido contigo para traficar y para hacer tu comercio.» Tiro era como la feria de las naciones; Isaías la llama la reina de las ciudades, y á sus comerciantes príncipes (3). La fama de los Fenicios como navegantes era tan fundada que se les atribuía el descubrimiento de todas las artes relativas á la marina: dicese que inventaron el comercio; fueron los primeros en recorrer los mares, en construir almadías y barcos de transporte, en aplicar la astronomía á las necesidades de la navegacion, y, en fin, en dar combates navales (4). Estas tradiciones son un testimonio del lugar importante que los Fenicios conquistaron en la navegacion; si no la inventaron, al ménos fueron los marinos más atrevidos de la antigüedad. El mar

(1) ODIS., XIV, 288, s. XV, 414, s.

(2) HEROD., I, 1, s.

(3) EZEQUIEL, XXVII, 10.—ISAÍAS, XXIII, 3, 8.

(4) MOVERS, *die Phoenizier*, t. III, p. 14.

fué como propiedad suya. Los mares tirios llegaron á ser proverbiales: «no solamente, dice un autor antiguo, eran de su dominio los que bañaban las costas de Fenicia, sino todos aquellos que recorrian las flotas de Tiro» (1).

La navegacion de los antiguos se reducía casi al cabotaje; sin la brújula les hubiera sido difícil atravesar la alta mar; además, nada les incitaba á aventurarse en la inmensidad del Océano. El centro de sus relaciones se encontraba en el Mediterráneo, sembrado de islas por todas partes; para esta navegacion bastaba el arte más sencillo. Nada ménos que un dios había puesto límites á la audacia de los hombres; ¿y se habían de atrever los mortales á franquear las columnas de Hércules? Los Fenicios avanzaron más que su dios; penetraron los primeros en los mares de la Europa occidental, que asustaron todavía á los Romanos de César.

¿Cuál fué el límite de estas exploraciones? La antigüedad misma lo ignoraba. Los Fenicios traficaron durante siglos en el Norte de Europa; fundaron establecimientos en las islas británicas, y, sin embargo, ántes de la expedición de César había historiadores que ponían en duda la existencia de la Inglaterra. Solamente se sabía que los comerciantes de Tiro partían de Cádiz para dirigirse hácia las islas del estaño y las costas del ámbar (2). El precio del ámbar igualaba al del oro; concíbese, pues, el interés que tenían en ocultar con un espeso velo sus lejanas excursiones, ya por sí mismas misteriosas. ¿Quién sabe hasta dónde llevaron á los Fenicios la pasión del lucro, el espíritu aventurero y los azares de la navegacion? *Diodoro* cuenta, que en una de sus correrías, más allá de las columnas de Hércules, fueron arrojados por vientos fuertes muy lejos en el Océano; que azotados por la tempestad durante muchos días, abordaron al fin á una isla maravillosa que parecía ser la morada de algún dios más bien que la de los hombres (3). *Heeren* conjetura que debía ser la isla de la Madera, cuya posesión se reservaron los Cartagineses con cruel envidia. Accidentes análogos debían muchas veces favorecer á los navegantes

(1) CURTIUS, IV, 4, 19.—C. FESTUS, V, *Tyria maria*.

(2) PLUTARCH., *Caes.*, 23.—HEROD., III, 115.

(3) DIODOR., V, 19, 20.

Fenicios. Créese que penetraron hasta en el mar Báltico y que tenían establecimientos sobre las costas septentrionales de Europa. Es cierto que frecuentaban las islas británicas. Parece que tuvieron continuas relaciones con la Irlanda, la *isla sagrada*: desde la más remota antigüedad habían los Fenicios establecido allí su religión al mismo tiempo que las relaciones comerciales; el suelo de la *verde Erin* está hoy todavía cubierto de monumentos, testimonios irrecusables de la influencia de los cultos asiáticos (1).

«Las banderolas fenicias flotaban á la vez sobre las costas de la Gran Bretaña y en las playas de Ceilan» (2). Pero la navegacion meridional de los Fenicios también tiene, como sus correrías al Norte, sus misterios. Los libros sagrados de los Judíos han dado una inmensa celebridad á los viajes de Ofir. La expedición duraba tres años, y traían de ella oro, piedras preciosas, madera de sándalo, madera de ébano, monos y pavos reales (3). La semejanza entre las palabras hebreas que designan los objetos de este comercio y los términos correspondientes de la lengua sanscrita ha suministrado inesperadas luces sobre la posición de Ofir; es probable que fuese la India la comarca misteriosa de donde las flotas fenicias y judías volvían cargadas de riquezas. Ignoramos si la navegacion de los Fenicios se extendió más lejos. ¿Alguno de aquellos felices accidentes que les hizo descubrir la Madera los arrojó sobre las costas de América? Se ha creído hallar vestigios de antiguas relaciones entre el Oriente y la América, y por una suposición natural estas comunicaciones han sido atribuidas á los más atrevidos navegantes de la antigüedad. No hay para qué detenernos en estas vagas conjeturas; aun cuando hubieran existido relaciones entre los dos mundos, no tuvieron influencia alguna sobre las relaciones internacionales de los antiguos.

No debieron solamente al acaso los Fenicios todos sus descubrimientos geográficos. La práctica de la navegacion despierta el espíritu aventurero; ¿cuál es el atrevido marino que no desea penetrar los secretos del elemento sin límites que ha venido á ser su se-

(1) HEEREN, c. 3.—MOORE, *History of Ireland*, c. 1, 2.

(2) HEEREN, c. 3, p. 94.—Compárese LUCIANO, *Toxaris*, § 4.

(3) I, REYES, IX, 28; X, 11, 22.—II, CRONICAS, VIII, 18; IX, 10.

gunda patria? Añádase á esto el aguijón del interes en estas comarcas desconocidas de las otras naciones en donde los Fenicios hacian su más lucrativo comercio. El silencio ó la ignorancia de los autores antiguos no nos permiten seguir sus expediciones. Sin embargo, gracias á las curiosas investigaciones de *Herodoto*, poseemos algunas noticias sobre la célebre circunnavegacion del Africa por los Fenicios. Emprendieron este viaje, segun las órdenes de Nékos, rey de Egipto; habiéndose embarcado en el mar Rojo, atravesaron el mar de las Indias; al cabo de dos años llegaron á las columnas de Hércules y volvieron á Egipto al tercer año de su expedicion.

A su vuelta contaron que, navegando alrededor de la Libia, habian tenido el sol á su derecha: «Este hecho no me parece en manera alguna creible, dice *Herodoto*, pero tal vez lo parezca á algun otro» (1). Sabios geógrafos, *Gosselin* (2), *Malte Brun* (3) y *Mannert* (4) niegan este viaje ó no quieren ver en él más que una antigua tradicion desfigurada. Pero sus dudas no pueden prevalecer contra un testimonio positivo, y tanto más digno de fe cuanto que está confirmado por la circunstancia misma que *Herodoto* miraba como increíble. Los Fenicios debian tener el sol á su derecha, despues de haber pasado el ecuador; este hecho da á toda la narracion un carácter auténtico (5).

Si se considera el estado imperfecto de la navegacion entre los antiguos, se debe admirar á los audaces comerciantes que doblaron dos mil años ántes que Vasco de Gama el terrible cabo de las Tormentas, objeto de tan gran terror para los navegantes modernos. Pero, ¿cómo es que un viaje que en el siglo xv produjo una revolucion en las relaciones comerciales, pasó desapercibido entre los antiguos? Aquella peligrosa expedicion no sirvió ni áun para dar

(1) HEROD., IV, 42.

(2) *Investigaciones sobre la Grecia de los antiguos*, t. I, p. 204.

(3) *Historia de la Geografia*, libro III.

(4) *Geographie der Griechen und Römer*, t. I, p. 20.

(5) Tal es la opinion generalmente admitida.—Notas de LARCHER sobre HERODOTO, t. III, p. 453.—RENNEL, *The geographical system of Herodotus*, p. 718.—JUNKER, *die Umschiffung Lybiens durch die Phoeniker* (Neue Jahrbücher von Seebode, 1814, p. 357, 384, 1844, p. 141-156).—QUATREMERE, en las *Memorias del Instituto*, t. xv, p. 380-390.

á conocer la forma del Africa: *Plinio*, *Strabon* y *Ptolomeo* tienen de ella una falsa nocion. Se concibe que los Fenicios hayan ocultado su descubrimiento, y que su política envidiosa haya impedido á los demas pueblos el aprovecharse de él, pero no se explica por qué ellos mismos no lo utilizaron. Tal vez el sinnúmero de dificultades que encontraron los navegantes alrededor de Africa les hizo abandonar una navegacion cuyos beneficios no estaban en proporcion con los peligros (1). Tal es la ley del progreso humano. Cuando una invencion es superior á las fuerzas de la época en que se ha hecho, queda estéril; es preciso que se reproduzca en tiempos más favorables para dar frutos. La América habia sido visitada por atrevidos navegantes ántes que Cristóbal Colon; pero sólo en el siglo xv entró en comunicacion el Nuevo Mundo con el Antiguo. Sin embargo, la audacia de los marineros de Tiro no fué inútil á la humanidad. La idea de que el mar enlaza el Asia y la Europa, aunque desechada con desden por los más ilustres geógrafos de la antigüedad, llegó á ser una conviccion general; ella inspiró á los atrevidos navegantes de la Europa moderna.

El comercio de los Fenicios no era exclusivamente marítimo; sirvieron tambien de intermediarios á las relaciones comerciales de los grandes imperios del Asia. En el Oriente, el comercio está sometido á una marcha invariable. Obligados á atravesar desiertos, los comerciantes se reunen en caravanas para ponerse al abrigo de los asaltos de las tribus nómadas; los caminos que siguen están trazados por la naturaleza, que prepara los lugares de descanso, sembrando algunas palmeras en las estepas y haciendo brotar raras fuentes en medio de las arenas. Estos fértiles oasis, puntos de escala necesarios del comercio, llegan á ser asiento de ricas y poderosas ciudades. En vano caen bajo los golpes de los Bárbaros; otras ciudades se levantan en su lugar; no ha cambiado más que el nombre del pueblo dominante (2).

Tal es la comarca bañada por el Eufrates y el Tigris. Babilonia figura en el Génesis como la cuna de la civilizacion. Alejandro queria hacer de ella la capital del Asia, cuando la muerte detuvo

(1) Esta es la explicacion dada por QUATREMERE (*Memorias del Instituto*).

(2) HERREN, Introduccion t. I, p. 25-27.

la ejecución de sus gigantescos proyectos. Seleucia bajo los Macedonios, Ctesifonte bajo los Partos, Bagdad y Ormus bajo los Arabes sucedieron á Babilonia. La naturaleza ha hecho de Babilonia el centro del comercio de Oriente. Situada entre la India y el Mediterráneo, fué el punto de escala necesario de las mercancías preciosas que se trasportaban á Europa; su proximidad al golfo pérsico y al Mar de las Indias le aseguraba el comercio del Asia Central; el Tigris y el Eufrates la ponian en comunicacion con los pueblos que habitan las orillas del Mar Negro y del Mar Caspio. Siguió siendo el centro del comercio asiático á pesar de las revoluciones que trastornaron el Oriente, hasta que el descubrimiento de la América dió otra direccion á las relaciones internacionales (1).

El comercio produce el lujo y se alimenta de las nuevas necesidades que crea. Los autores antiguos pintan á los Babilonios como hombres aficionados al fausto, sujetos á una multitud de necesidades ficticias, que no podian satisfacer sino por medio de extensas relaciones con los pueblos más lejanos. La afición al lujo degeneró en corrupcion. ¿Fueron las costumbres disolutas, ó las ideas religiosas, ó el espíritu mercantil, los que ocasionaron la prostitucion de las mujeres en Babilonia? Esta vergonzosa institucion existia entre los Fenicios y entre los Cartagineses (2); el célebre viajero Marco Polo (3) la ha encontrado en el Tibet; la descripcion que hace de ella tiene una sorprendente semejanza con la que nos ha transmitido el padre de la historia. Herodoto cuenta que todas las mujeres de Babilonia estaban obligadas, una vez en su vida, á ir al templo de Mylitta y entregarse á un extranjero (4). Goguet y De Maistre explican esta prostitucion legal por medio de las creencias religiosas (5). La idea del sacrificio conduce, efectivamente,

(1) HEEREN, *Babilon.*, t. II, p. 148, 164. — *Real Encyclopædie der classischen Alterthumswissenschaft*, en la palabra Seleucia.

(2) MOEVS, en la *Encyclopédie d'Erseh*, t. III, 24, p. 421.

(3) MARCO PAOLO, II, 37.

(4) HEROD., I, 199.

(5) «Persuadidos, dice DE MAISTRE (*Aclaraciones sobre los sacrificios*, c. I), de que una divinidad maligna llevaba á mal la castidad de las mujeres, los Orientales le entregaban victimas voluntarias para impedir que Vénus turbase las uniones legítimas.» Compárese á GOGUET, *Del origen de las leyes*, t. V, p. 378.— El sabio HEYNE da igualmente un sentido religioso á esta costumbre (*Comment. Soc. Getting.*, t. XVI, p. 30-42).

á las más funestas supersticiones: aquí la inmolacion de lo que es más caro al hombre; allí ritos licenciosos (1). Sin embargo, la circunstancia de no ser admitidos más que los extranjeros en los templos de Mylitta, circunstancia que tambien se encuentra en Chipre y en el Tibet, parece indicar que se mezclaron con la religion otros sentimientos ménos elevados en un principio. Es indudable que las solemnidades religiosas tenian al mismo tiempo un objeto comercial: Los pueblos, dice Jeremías, acudian á las fiestas de Baal (2). Los innumerables peregrinos que llegaban allí de todas las partes del mundo iban por traficar más bien que por hacer oracion. Acaso el sacrificio del pudor se rebajó hasta convertirse en un medio de atraer á los comerciantes (3).

La naturaleza ha hecho de Babilonia el punto de reunion de los pueblos comerciantes del Oriente. Pero no fueron los Babilonios propiamente dichos los que se dedicaron al comercio, al ménos durante la época brillante de las monarquías asiáticas; los Caldeos, y, sobre todo, los Fenicios, fueron los agentes de las relaciones que existian entre las naciones del Asia. Este pequeño pueblo lo encontramos en todas partes, unas veces traficando en su propio nombre, otras uniéndose á las poblaciones indígenas, convertido en verdadero factor del universo. En Oriente el comercio terrestre no podia efectuarse más que por medio de asociaciones de comerciantes. Las tribus nómadas vendian ó alquilaban sus numerosos camellos, con sus conductores, á los comerciantes extranjeros. El Génesis los representa ya, trasportando, á través de los desiertos, aromas y otras mercancías preciosas. Tiro y Cartago sacaron de esto un partido admirable (4). Sigamos un instante á estas caravanas; son un eslabon en la larga cadena que ha de unir un día á todos los pueblos del mundo.

Los Árabes fueron un pueblo comerciante desde la más remota antigüedad. La posicion geográfica de la Península que habitaban les invitaba en cierto modo al comercio. La Arabia no está separada de la Persia y del Egipto más que por un golfo estrecho; la

(1) BENJ: CONSTANT, *De la religion*, lib. XI, c. I.

(2) JEREMÍAS, LI, 44. — MOEVS, *die Phœnizier*, t. III, p. 135, s.

(3) JUSTIN., XVIII, 5. — BÖTTIGER, *Kunstmythologie*, t. I, p. 366.

(4) GÉNESIS, XXXVII, 25, 28. — MOEVS, t. III, p. 236, s.

costa sudoeste está situada frente por frente de la India, y hay vientos regulares que permiten á los navegantes dirigirse á ella sin el auxilio de la brújula. Al Norte tiene delante de sí toda el Asia, y un gran río favorece estas comunicaciones. La Arabia tiene productos preciosos, pero destinados al lujo, al paso que carece de las cosas necesarias. La naturaleza le ha dado el camello, ese barco del desierto. Gracias á estas felices circunstancias, la Arabia se relacionó con el resto del mundo. Los Árabes no fueron nunca conquistados, pero sus desiertos se abrieron á los comerciantes. El poder del comercio fué superior al del genio guerrero. Numerosas caravanas atravesaban la península y traficaban en ella por cuenta de los Fenicios. Este comercio se extendía hasta la costa occidental del golfo Pérsico (1). Los Fenicios encontraban en la Arabia los géneros del Oriente y los esparcían por todo el Occidente. No solamente los ricos productos de la India y de la China, la seda, el algodón, las especias constituían el objeto de este tráfico. Los Persas habían conservado de su vida nómada la pasión de la caza; se servían para ella de perros indios de raza grande y robusta. Un sátrapa de Babilonia consagraba exclusivamente á la manutención y cuidado de sus trahillas cuatro grandes pueblos exentos de todos los demás tributos (2). En vano la India se concentraba en sí misma, huyendo del contacto de los extranjeros; la afición al lujo y á los placeres rompió las barreras religiosas, y puso á los Indios en relación con la humanidad. Debemos esperar que el comercio acabará la obra empezada por él mismo. La conquista y las misiones no han logrado romper la antigua organización de la India; el espíritu comercial será más poderoso. Hay un pueblo que ha llegado á ser el factor del Universo en sustitución de Tiro y de Cartago; los Ingleses parecen llamados á la alta misión de propagar la cultura europea por el Oriente y de unir ambos mundos.

Habia también en la antigüedad otra nación que formaba como un mundo aparte. Para aislarse mejor, los Egipcios prohibieron á los extranjeros la entrada en sus puertos. Pero las necesidades

(1) MOVERS, t. III, p. 129, s. 272, s.

(2) AELIAN., *De nat. anim.*, IV, 19.—HEROD., I, 192.

y los intereses aproximan á aquellos á quienes instituciones contrarias á la naturaleza quisieran separar. Los Fenicios sacaban de Egipto parte de los productos que necesitaban para su subsistencia; la industria egipcia les suministraba productos preciosos. Estas relaciones se remontan á los tiempos más remotos: *Homeró* habla de ellas. *Herodoto* dice que el primer tráfico de los Tiroes consistió en trasportar á diferentes naciones los productos del Egipto y de la Asiria (1). Por su parte el Egipto necesitaba los productos extranjeros para embalsamar sus momias: la Etiopía, la Arabia y la India se los facilitaban por medio de los comerciantes de Tiro. Los Egipcios no estaban siempre preocupados con el pensamiento del otro mundo; á orillas del Nilo, como en cualquier otra parte, las fiestas religiosas solían ser ocasión de alegría y con frecuencia se convertían en verdaderas orgías. Si hemos de creer á los monumentos, los Egipcios eran grandes bebedores, y las mujeres no se quedaban atrás. Los Fenicios les suministraban los mejores vinos, en tan gran cantidad, que dos veces al año se ocupaban en este tráfico considerables caravanas (2). Acabaron por tener en Egipto establecimientos fijos; los Faraones les cedieron todo un barrio de la ciudad de Menfis (3), de la misma manera que era costumbre en la Edad Media con los Genoveses y Venecianos. La raza activa de los comerciantes de Tiro explotó la aversión que los Egipcios manifestaban hácia el comercio; el Egipto, tan admirablemente situado para grandes relaciones comerciales, les servía de punto de partida para comunicarse con el África, la Grecia, las islas del Mediterráneo, la Italia, la Arabia, la Etiopía y la India. Estas relaciones no dejaron de tener influencia en la cultura de ambos pueblos, como ya hemos dicho.

Las numerosas colonias fenicias que ocupaban las costas del África hacían un tráfico considerable con los productos de aquel rico continente; gracias á las tribus nómadas, penetraron más allá del desierto hasta el interior del África.

(1) ODIS., XIV, 288.—HEROD., I, 1.—MOVERS, lib. III, c. 2, y T. III, p. 314, s.

(2) MOVERS., T. III, p. 89, s., 314, s.

(3) HEROD., II, 112. Esta costumbre, general en Oriente, data de la más remota antigüedad (MOVERS, T. I, p. 49).

Tenemos pocas noticias acerca de las relaciones de los Fenicios con el Asia oriental. Sin embargo, sus relaciones con los grandes imperios que surgieron en el Oriente prueban la existencia de un comercio continuado. Cuando la Fenicia fué conquistada por los Babilonios y por los Persas, los vencedores dejaron á los comerciantes de Tiro la explotación de las relaciones comerciales que existían entre diversas partes del Asia; los últimos conquistadores distaban tanto de tomar parte en aquel tráfico, que dificultaron la navegación á los Babilonios (1).

Los profetas hebreos nos dan algunas indicaciones acerca de las relaciones de los Fenicios con el Norte del Asia: «Túbal y Mesec, dice Ezequiel, han negociado contigo, haciendo valer tu comercio, vendiendo hombres y vasos de bronce» (2). Este comercio tenía lugar en las comarcas situadas entre el Mar Negro y el Mar Caspio. Así, pues, ya en la antigüedad el Cáucaso tenía el triste privilegio de proveer los harems del Oriente. El comercio de esclavos tenía lugar, no solamente en el Cáucaso, sino en el mundo entero. No había negocio más importante ni más lucrativo. Los Fenicios necesitaban millares de esclavos para sus innumerables barcos y para el servicio de sus colonias. En todas partes en el mundo antiguo los esclavos eran un objeto de primera necesidad ó de lujo. Los Fenicios eran los grandes abastecedores de carne humana. En los tiempos remotos vemos á los piratas apoderarse de los hombres, ya por la astucia, ya por la fuerza; aun en una edad relativamente civilizada, había en Tiro avarientos traficantes, que tenían á sueldo bandidos para que les proporcionasen jóvenes de ambos sexos. La guerra era el mercado de esclavos más abundante y más ventajoso: los soldados vendían muchas veces sus prisioneros por un vaso de vino. Por esta razón los Fenicios iban detrás de todos los ejércitos como una bandada de aves de rapiña; acompañaron á Alejandro hasta el Indo. En la guerra de los Macabeos el general sirio puso de antemano en venta los cautivos israelitas; más de mil comerciantes se presentaron para aprovechar tan buena ocasión. El número de prisioneros á

(1) HEEREN, *Phénic.*, Sec. I, c. 4.

(2) EZEQUIEL, XXVII, 13.

veces era tal, que los Fenicios compraban esclavos á setenta y cinco céntimos: pero si compraban de balde, en cambio vendían caro: era un negocio de oro.

¿Nos atreveremos á decir que aquel vergonzoso tráfico contribuyó más que otro cualquiera á mezclar los pueblos? Ahora bien, nunca se mezclan los hombres sin que de su contacto resulte algún progreso en la civilización. Tenemos, pues, que detenernos en el comercio de esclavos, por criminal que sea. Los Sirios eran buscados por los Griegos y los Romanos: eran excelentes servidores, un poco indolentes, pero inteligentes y obsequiosos; eran tan numerosos que el nombre de sirio servía para designar los esclavos. Los desgraciados descendientes de Israel fueron diseminados por el mundo como esclavos antes de ser dispersados como nación: las repetidas conquistas de la Palestina multiplicaron los prisioneros judíos hasta tal punto, que los comerciantes fenicios no encontraron compradores. Lo que decimos de los Sirios y de los Israelitas, es también cierto de todos los habitantes del Asia Occidental; millares de Lidios, Frigios, Carios, Misios, fueron transportados á Grecia y á Italia. Los Griegos, por su parte, dieron gran contingente al enorme consumo de esclavos que hacían los antiguos: desde la más remota antigüedad, las hermosas mujeres de la Grecia eran una de las mercancías más apreciadas. Entre los Hebreos las concubinas llevaban un nombre que revela su origen helénico. Las Griegas figuraban en gran número en los harems del Oriente (1).

De esta manera el Occidente y el Oriente se mezclaban sin cesar y contraían relaciones cada vez más íntimas. Este inmenso movimiento en las poblaciones era una consecuencia de la esclavitud: prueba tan convincente como triste de que no hay mal absoluto. Pero, si hacemos ver que la esclavitud ha sido bajo ciertos conceptos un elemento de civilización, ¿es esto decir que debemos excusar y justificar la servidumbre? Antes al contrario, uniremos nuestra voz á la de los profetas hebreos: censuran tan vergonzoso tráfico á los comerciantes de Tiro; predicen á aquellos ávidos especuladores que, en expiación de su crimen, sus mis-

(1) MOVERS, *die Phœnicier*, T, III, p. 70, s.

mos hijos serán vendidos al extranjero (1). La profecía se cumplió; pero el crimen no era exclusivo de los Tirios; toda la antigüedad era culpable; y por haber desconocido los derechos del hombre, el mundo antiguo fué condenado á perecer.

§ II.—Colonias (2).

Los Fenicios hacían su comercio en todas las partes de la tierra. ¿Cómo es que ciudades tan débiles llegaron á extender sus relaciones desde el Norte de Europa hasta la India? El poder de los pueblos de la antigüedad se propagaba de dos maneras: por medio de la guerra y por medio de las colonias. Las colonias son tan antiguas como las primeras sociedades; de la India, de la Etiopía, del Egipto, salieron colonos. La colonización, que no fué más que un accidente en la vida de las teocracias, era una condición de existencia para las naciones comerciantes. Un pueblo pequeño no hubiera podido esparcirse por el mundo entero si no hubiera encontrado puntos de apoyo allí donde le llamaban las necesidades de su tráfico. Las colonias de los Fenicios se extendieron, lo mismo que sus relaciones comerciales, por casi todo el mundo conocido por los antiguos (3).

La tradición acerca de los viajes del Hércules tirio nos ha hecho conocer la dirección de los establecimientos fenicios y su beneficiosa influencia. En el comercio asiático los Fenicios no figuran más que en segunda línea; se unen con los Hebreos y con los Árabes, y son los factores de los Babilonios y de los Persas. No sucedía lo mismo en el mundo occidental: éste estaba abierto á los atrevidos exploradores de los mares. Podían extenderse á su discreción por las costas de África y de España y por las islas del Mediterráneo; no encontraban allí aquellas monarquías conquistadoras que les oponían dificultades en Asia. En cambio, la mi-

(1) JOEL, III, 8, 11.—AMOS, I, 9.

(2) HEEREN, *Fenicios*, c. 2; *Babilonios*, c. 2.—MOVERS, t. II, 2.^a parte.

(3) Q. CURTIUS, IV, 4, 20: «*Coloniae certe ejus pene orbe toto diffuse sunt.*»

sion de los Fenicios era servir de agentes de la civilización entre los Bárbaros. Sigámoslos en sus conquistas guerreras y pacíficas á un mismo tiempo.

La fundación de las primeras colonias se pierde en los tiempos mitológicos. Los colonos fenicios pasaron el mar más de quince siglos antes de la era cristiana (1). La isla de Chipre fué, sin duda, uno de los primeros puntos en que se establecieron. Está contigua á la Fenicia, en términos que se dice que los ciervos pasaron del continente á la isla atraídos por sus frondosos pastos. Tan celebrada como el Egipto por su fertilidad, Chipre ofrecía además á los navegantes cedros que competían con los del Líbano; tenía además la ventaja de servir de primera estación á los Fenicios en sus correrías marítimas. Se concibe, pues, que hayan deseado su posesión. Si damos crédito á una tradición admitida por Virgilio, la isla había sido ya conquistada por un rey de Sidon (2). Los Fenicios ocuparon también á Rodas, así como otras islas del Archipiélago. Esta colonización tuvo lugar en una época en que los Griegos no habían alcanzado todavía aquel admirable desarrollo que llevó la cultura helénica á todas las costas del Mediterráneo. Cuando las emigraciones de los Jonios y de los Dorios se dirigieron hácia el Asia menor, las razas emprendedoras de la Grecia sobrepusieron á los comerciantes de la Fenicia. Sin embargo, su colonización no fué estéril: el espíritu industrial de los colonos se comunicó á los indígenas. *Herodoto* vió en Thasos los pozos y las galerías de las minas que habían abierto los Fenicios (3). Edificaron ciudades sobre el Mar Negro y la Propontide; aquellas playas inhospitalarias eran de gran importancia para un pueblo comercial, porque á ellas venían á parar los caminos que comunicaban con el lejano Oriente. Los Fenicios, y no los Griegos, como generalmente se cree, fueron los que llevaron allí las primeras semillas de la civilización (4).

Los Etruscos no permitieron á los Fenicios fundar colonias en Italia. La Sicilia los atrajo por la fertilidad de su suelo; su posi-

(1) HEEREN, p. 41.—MOVERS, t. II, 2, p. 129, s.

(2) MOVERS, t. II, 2, p. 203, s.

(3) HEROD., II, 44; VI, 46, 47.

(4) MOVERS, t. II, 2, p. 286, s.